



Los fillos de la noche
MANUEL RICO

Ediciones del Umbral



Manuel Rico
Los fillos de la noche

Edición revisada y definitiva

Ediciones del Umbral

Primera edición: Editorial Fundamentos. Madrid, 1990
© Ediciones del Umbral, 2017
© Manuel Rico, 1990 y 2017

Manuel Rico (Madrid, 1952) es poeta, narrador y crítico literario. Licenciado en Periodismo, ha colaborado en diversos diarios y revistas (*El Mundo, Cuadernos Hispanoamericanos, Ínsula, Letra Internacional, Mercurio, Turia...*). Ejerce la crítica de poesía en el suplemento *Babelia*, del diario *El País*. Es autor, entre otras obras, de los libros de poemas *Donde nunca hubo ángeles* (2003), *Fugitiva ciudad* (2012). Premio Internacional Miguel Hernández, y *Los días extraños* (2015). *La mujer muerta* (2000 y 2011), *Los días de Eisenhower* (2002) y *Verano* (2008), Premio Ramón Gómez de la Serna 2009 son sus últimas novelas. Es autor del ensayo *Memoria, deseo y compasión* (2001) sobre la poesía de Vázquez Montalbán y de los libros de viajes *Por la sierra del agua* (2007) y *Letras viajeras* (2016). Dirige la colección de poesía de Bartleby Editores y colabora con artículos de política y cultura en el diario digital *Nueva Tribuna*. Con *Un extraño viajero* ha obtenido el IX Premio Logroño de novela. *La densidad de los espejos* fue Premio Hispanoamericano Juan Ramón Jiménez de 1997 y ahora se reedita en edición ampliada y revisada.

Los fillos de la noche

A Esperanza, como siempre.

*¿Me atrevo
a molestar al universo?
En un minuto hay tiempo de decisiones y revisiones
que un minuto volverá del revés”.*

T. S. ELIOT

PARTE PRIMERA

1

El sol, vencido por el atardecer, se refleja en los cristales de las ventanas. Es noviembre y aún no han llegado las lluvias, persisten los días luminosos y limpios, como si una falsa primavera suplantara al otoño. Estás sentado, casi inmóvil, en la hamaca, en medio del patio. Hundido en la indolencia, la mente vacía y desganada. Tras el muro de arizónicas adivinas los campos. El trugal en rastrojo. Los álamos en la lejanía perdiendo sus últimas hojas. Las casas del pueblo estirando sus sombras al ritmo del sol en retirada. Ancha es Castilla. Lo dice el horizonte, ese inmenso descampado que ha entrado a formar parte de tu mitología personal. Ese escenario de amarillos y ocres en el que, lejos de la ciudad, has encontrado amparo.

Vives desde hace casi siete años en este pueblo perdido en la llanura. Situado a cerca de cincuenta kilómetros de lo que fue tu domicilio, rozando los primeros desmontes de La Alcarria, has hecho tuyo su mundo distante, olvidadizo.

En el atardecer de noviembre el patio es un remanso. El otoño se levanta sobre los rescoldos de ese largo domingo que componen los tres meses de verano. Tiene algo de regreso a un tiempo que comienzas a añorar cuando muere agosto. Es, más allá del paisaje, el regreso a la soledad, a una soledad que a veces temes definitiva.

Suenan, a lo lejos, los ecos de los rebaños que se retiran. Por la carretera, fugaces y urgentes, como si huyeran del declive del domingo, los coches se pierden hacia la bruma cenicienta de Madrid. Sigues sentado. Vencido. De espaldas a

la casa, a la puerta que, al otro lado de la casa, da a la calle. Esa puerta cuyo sonido de óxido te anuncia que se está abriendo lentamente. No te vuelves. Tampoco te incorporas. El chirrido de sus goznes suena más fuerte. Alguien, con paso dudoso, entra. Algún vecino, piensas. Oyes el crujido de unas pisadas sobre la hojarasca. Un lento taconeo sobre la estrecha acera que bordea la casa. Sonido de ramas. Las arizónicas. ¿Qué fuerza te mantiene atado a la silla, fija tu mirada en el horizonte, te impide volver la cabeza? Oyes la voz. Apagada al principio, como un rumor, se eleva al fin, reconocible.

—Abel, ¿estás ahí?

Es la voz de Elia, pero no respondes. Permaneces de espaldas, tu mirada contra el horizonte. Cierras los ojos. Te haces el dormido. Necesitas simular que duermes, que no advierta que eres consciente de su cercanía, de sus movimientos. Es algo parecido a la cobardía lo que te paraliza. Un miedo repentino a ese retorno inesperado, urdido quién sabe cómo, de quien ahora pasea a tu alrededor y quiebra la quietud de la tarde. Ha callado de pronto. Acaso teme interrumpir tu sueño. Se mueve, con cautela, a un lado y a otro del patio, como si lo inspeccionara. Sólo llega a tus oídos el crujido de sus pisadas sobre la hierba seca. El sol debe estar a punto de ocultarse, piensas. Notas una brisa fría en tu rostro. Abres, entre tus párpados, una mínima raya. Se encuentra al alcance de tu mirada. Mientras la observas, contiene el estupor que te produce su presencia. Se inclina sobre los geranios, acaricia las ramas sin hojas del peral, se apoya en el tronco del fresno y te contempla. Has decidido observarla a traición y su imagen te llega como desde una inmensa miopía. No puedes precisar sus contornos, sorprender en su cara la huella de los años, la devastación del tiempo sobre su piel tantas veces acariciada. Acaso sea una confusa sombra. ¿Cuánto hace de la separación? Seis, siete años quizá. De pronto, tu memoria se acelera. Se atropellan en tu mente sabores, aromas, músicas, paseos, mientras a través de tus

párpados semicerrados ves cómo mira hacia el horizonte que has estado contemplando durante horas. Se vuelve al fin y te observa en silencio.

— ¿Cómo has sabido donde estaba?

Tu pregunta sucede a un despertar fingido, a unos instantes en que has simulado confusión. Es fruto de un esfuerzo casi heroico por vencer la indolencia, por salir de ese refugio en que has convertido tu pensamiento. Ella se vuelve de nuevo, te da la espalda y, sin mirarte, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, habla:

—Eso no importa. De nada valdría, además, que te lo contara. El hecho es que estoy aquí —calla un segundo, después prosigue: —... Según veo, continúas huyendo, encerrándote.

No huyo, piensas. Pero callas. Tu silencio la inquieta. Lo notas en sus manos, repentinamente tensas, que se aprietan contra los costados del pantalón. En el fugaz intento de volver hacia ti su rostro. En lo que sospechas impulso dominado. Al fin, te incorporas y la invitas a continuar el diálogo dentro de la casa.

Elia ha entrado con paso dudoso y no ha podido disimular la avidez con que su mirada ha recorrido la estancia, ese salón que preside el hueco vacío, sin uso desde los últimos fríos de abril, de la chimenea. Dos cuadros firmados por ella, en la pared a la derecha del fondo, atraen su atención.

—Al menos no te deshiciste de todo lo que podía recordarte a mí —dice.

Siéntate y hablemos con tranquilidad —dices eludiendo la pregunta que alienta en sus palabras y respondiendo para tus adentros: los cuadros tal vez sean un modo de mantener un vínculo, una cierta lealtad a los años que pretendo definitivamente enterrados.

—¿Un café?

Desde la cocina, la puerta abierta al salón, mientras el café comienza a hervir, la ves mirar a su alrededor, comprobar con la mano la blandura del asiento, detener la mirada en un punto de la pared. Oyes de nuevo su voz.

—Seguro que mi visita es lo que menos esperabas. Tu cara de funeral, tu silencio, tus gestos...

—Me limito a cumplir con las obligaciones de un anfitrión. Tus palabras se han movido entre la suficiencia y la dureza. Como si, independizándose, quisieran sobreponerse a esa actitud a la defensiva que te domina desde que la viste aparecer en el jardín.

—Por lo que veo, no sólo huyes de la realidad. Intentas justificarlo con el rencor. Te noto agresivo, distante.

Tras sus palabras, suena la cafetera.

La noche se desploma sobre el campo. Son las ocho de la tarde y la oscuridad asoma por la ventana. Has dejado la bandeja con el café en la mesa de centro y te has sentado en el sofá, en el lado contrario al que ocupa Elia.

—¿Qué te trae aquí?

—Aunque no te lo creas, nada del otro mundo... Saber cómo te encuentras, qué es de tu vida después de tantos años.

—Pues ya lo ves. He roto con todo. Estaba cansado. Pudo conmigo el agotamiento. Físico y mental... Y los conflictos sin salida. Tú los conoces bien. Aquella historia es un capítulo cerrado.

—Ya lo veo... No hay más que fijarse un poco en lo que te rodea... Te has montado un refugio que da envidia. Es como si toda la independencia a la que decías renunciar entonces la hubieras volcado aquí, rompiendo con los viejos tiempos. Pero sospecho que no lo has conseguido del todo... Por ejemplo, conservas mis dos acuarelas. No me extraña, eran de las mejores: la ciudad bajo la lluvia.... También mantienes tu vieja afición por las cosas rurales. Sólo hay que echar una mirada a las paredes para comprobarlo: las cerá-

micas, los muebles de pino, el óleo de Sancha, el tapiz extremeño.... En fin, aunque dices haberte largado para olvidar, no has logrado desprenderte del todo del mundo que compartimos. Hasta mis acuarelas sobreviven. Todo un detalle que te salva.

Piensas en la última frase, que te llena de ira. Intentas eludir esa amenaza, expresarte con serenidad.

—Aquí no pintas nada, Elia. Lo que hubo entre nosotros es una historia muerta, enterrada.

Mientras aguardas, con cierto temor, su respuesta, la ves tomar entre los dedos la taza, distraer otra vez la mirada por las paredes.

—Ya sé que no pinto nada. Con eso ya contaba cuando me decidí a averiguar dónde te habías metido... Pero supongo que no serás tan grosero como para mandarme al cuerno sin que hablemos de tu nueva vida, de cómo saliste adelante tras tu despedida a la francesa.

El reloj da las ocho y media. Tras la ventana, la noche se ha adensado, definitiva. Piensas en los intrincados caminos de la realidad, en el jodido regreso de quien tanto significó durante diez años vividos con pasión en un mundo que, pese a serte ajeno, hiciste propio, intransferible.

—¿Quién te ha dado mi dirección?

—Eso es lo de menos...

2

El río atraviesa un extenso valle. Una gruesa línea vegetal que interrumpen, de cuando en cuando, grises manchones, pardas superficies, muestra, en el horizonte, una vega del Jarama en lenta destrucción: entre los álamos, sobre lo que fuera junco y zarza, crecen naves industriales, talleres semi-clandestinos, almacenes, factorías. Pero el desastre no es del todo visible desde el promontorio sobre el que se eleva el pueblo. Desde ahí se advierte la línea entre ocre y verde del río sobre el campo otoñal, perdiéndose a lo lejos, entre la niebla de la mañana, hacia las proximidades de la carretera Madrid-Guadalajara, hacia el extrarradio industrial. Más allá, hacia el norte, la sierra de Guadarrama se recorta contra un cielo muy claro, de un azul casi blanco.

Cada mañana el mismo paseo: tras tomar café en el bar Roldán entre viejos campesinos y albañiles madrugadores de camino a las nuevas urbanizaciones, te diriges hasta este balcón lleno de ruinas que el viento azota con persistencia y que desde tiempo inmemorial es conocido por las gentes del pueblo como *El calvario*.

Huyes de la almendra, del centro donde surgieron los conflictos que te llevaron al alejamiento y que han alimentado el largo diálogo a que te ha obligado Elia con su visita. Quieres ablandar la tensión de la noche y, por ello, en este paseo matinal, recuerdas otros momentos, días en que viviste algo parecido a la felicidad, fines de semana junto a Elia bajo la quietud del campo, el despertar perezoso de las aldeas, el vino viejo de los domingos. Mitificabais lo rural. Era un amor tardío e intenso. Descubríais un mundo inédito

mientras la adolescencia se agrietaba. Rafael y Adela, Luis y Antonia, Julio, compartían con vosotros aquellos viajes, llenaban los fines de semana con sus proyectos, con sus aficiones insólitas, rescatadas de la urgencia diaria. Rafael y la fotografía, eternizando muros cuarteados, paisajes remotos, pueblos casi desiertos. Luis, a punto de acabar arquitectura, buscador de edificaciones de otro tiempo, de modelos urbanos abolidos. Julio, maniático del barro, descubridor de alfares ocultos, extraño pájaro solitario en aquellas excursiones programadas en pareja.

Tenías casi enterrados sus nombres, sus rostros, sus aficiones. Hoy, sin embargo, tras el tenso diálogo nocturno, han regresado. Con la mente embotada por su recuerdo, decides volver sobre tus pasos, regresar a casa. En la calle, corre un viento desapacible. El sol es débil, otoñal y temeroso.

El frío de la mañana se nota también adentro. El paseo ha servido para apaciguarte. Son algo más de las once. Sientes, por vez primera en estos años, una turbadora sensación de soledad. Ya no es el refugio apacible, la protección. Ha sido la visita de Elia, te dices. Presagias una convulsión en tu estado de ánimo. Como si las largas horas de rememoración hubieran agrietado los cimientos de la isla. Has llegado con la intención de terminar un difícil poema, a medias sobre la mesa desde la tarde del sábado, con la voluntad de encender la chimenea y entregarte, hasta la hora del almuerzo, a este trabajo diario que ha producido tres libros en el tiempo que llevas oculto entre estas viejas piedras.

Pero la memoria de aquel tiempo se impone a las exigencias del presente: los domingos eran un paréntesis. Llegasteis a conocer a fondo los pueblos de la comarca. El caserón alquilado en Patones, entre los montes oscuros de aquella sierra abandonada, no lejos del embalse de El Atazar, recupera olvidados brillos. Largas veladas de alcohol y música junto al fuego. Interminables charlas sobre los proyectos de